

E. MIRET MAGDA LENA

Si empezamos poco a poco a convencernos de que el desarrollo tiene que ser "real y plenamente humano en todas sus dimensiones", lo primero que debemos plantearnos es el fracaso del hombre que hasta ahora habíamos formado en nuestras civilizaciones contemporáneas.

Se impone una nueva inteligencia de los "signos de los tiempos" para poder detectar en el proceso de la técnica, la ciencia y las sociedades humanas aquello que de verdad puede desarrollar integral y satisfactoriamente al hombre, dando cauce positivo hacia la construcción de un hombre nuevo, porque el de ahora no nos sirve.

Pero las ideologías demasiado cortas y cerradas descubrimos que tampoco nos sirven para conseguir una nueva sociedad de la cual brote un hombre nuevo. La penuria de materias primas y de energía, la escasez de determinados productos fabricados y el aboamiento a un mundo de polución, contaminación y pérdida de muchos goces naturales, empiezan a abrirnos los ojos a una nueva lucha pacífica, pero decidida, por conseguir un mundo y un hombre nuevos.

Empezamos a comprender que más que confiar en las ideas estrechas y cerradas, por profundas que parezcan, hemos de tener confianza en el hombre, para que desarrolle su creatividad espontánea, con la cual nos ayudemos a abrir la perspectiva del futuro.

La Iglesia católica, aunque sea en un documento que apenas nadie leyó, se da cuenta ahora de esto. El cardenal Roy "pide tener confianza en el hombre", y no sólo desde el punto de vista de la Revelación religiosa, sino "aun prescindiendo las motivaciones tomadas de la Revelación". Esta creatividad humana debe tener un cauce descubriendo, entre los acontecimientos, aquellos que son positivos para el hombre y que debemos favorecer, separándolos de aquellos otros que no aportan nada constructivo a este desarrollo verdaderamente humano. Esta es "la teoría de los signos de los tiempos", que descubrió el Evangelio hace veinte siglos y que hace diez años redescubrió el Papa Juan XXIII. Pero este análisis de los signos de los tiempos, comprende hoy la Iglesia que "no es un monopolio de los cristianos", sino de todo hombre que con buena voluntad se preocupa del futuro humano. La oposición entre creyentes y no creyentes está a punto de ser superada en nuestro quehacer humano.

Hubo en el siglo pasado algunos sociólogos utópicos que pretendieron hacer comprender a los hombres de entonces que lo más importante no era inventar ideas rígidas, para moldear el futuro de la sociedad con ellas, sino dar espacio y facilidad a la espontaneidad humana para que ella crease nuevos modelos prácticos que sirviesen de pauta para una sociedad muy diferente. Entonces no se les escuchó, pero ahora algunos de los más profundos pensadores de la

sociología vuelven a hacer resurgir esta idea "utópica", flexible y dinámica, que, como hipótesis de trabajo, siempre rectificable de acuerdo con la realidad concreta, ha de ayudarnos a superar la sociedad y el hombre en que vivimos, para conseguir una nueva sociedad y un nuevo hombre que puedan resolver los problemas que hoy nos envuelven y nos abruman, porque no les vemos solución. Los pensadores Horkheimer y E. Bloch son algunos de ellos, y el Cardenal Roy coincide con ellos.

Todo esto requiere dos cosas simultáneas: el cambio estructural y el cambio de las motivaciones personales.

El cambio estructural no puede ser nunca ya un pequeño cambio o un cambio a pequeños niveles; "hay que construir una civilización de lo universal, y las Iglesias tendrán que proclamar fuertemente lo que ellas saben y mostrar con hechos reales, más que con palabras, que esta sabiduría universal viene de la boca de Dios", como dice el dirigente católico francés Gabriel Marc.

HACIA UN HOMBRE NUEVO

Los Obispos holandeses dijeron claramente en marzo de 1973 que "no podemos inclinarnos por el sistema económico actual". Y la Acción Católica Francesa de Medios Independientes declaró en 1972 lo mismo: que "hay que cambiar el sistema de estructura de la sociedad".

Pero seríamos muy ingenuos si con un simple cambio exterior creyéramos que todo está resuelto en la sociedad contemporánea. Es preciso que el hombre adquiera conciencia clara de su equivocada y falsa situación en el mundo presente. Hemos de reflexionar en la enseñanza de los Obispos canadienses, que hace unos meses pedían la lucha contra "la escala de valores actual, en la que el individualismo está por encima de la cooperación, el egoísmo por encima de la participación de todos a nivel de igualdad, y la acumulación de las riquezas por encima de la moderación". "Hay que superar la tentación de la competencia y la tentación del prestigio social, que abocan al consumo egoísta, al gasto superfluo y a la superabundancia de los privilegiados individuos o grupos" (Obispos holandeses, marzo 1973).

"Se trata, por tanto, de hacer no sólo una pacífica revolución de las estructuras, sino una serena, profunda, "revolución cultural", (Cardenal Roy).

Y por esta revolución cultural podían las Iglesias hacer mucho si salieran de su morboso egocentrismo de pequeños problemas internos y de una vez se convirtieran en fermento de una sociedad mejor y más satisfactoria. Como decía la ACI francesa, "hemos de reconstruir una vida social a todos los niveles, a partir de fundamentos culturales que no promuevan individualmente a los mejor pertrechados y que además promovieran un bien común que no fuera abstracto". Y este proyecto "utópico", en el mejor sentido de la palabra, tiene que ser utilizado "sintiéndonos todos responsables de una nueva y seria experimentación".

Así, y solamente así, iremos camino de una difícil pero necesaria tarea, si queremos que el mundo actual salga de este callejón sin salida en que se encuentra, y abra nuevas perspectivas a la juventud, más satisfactorias y plenamente humanas.

Podríamos decir que todo esto es la esencia de un socialismo de aspecto humano que "no puede ser nunca compatible con los valores pequeño-burgueses del prestigio social o puramente individual, del afán por el nivel social, de la promoción económica individual y del dinero como motivo fundamental de la marcha económica y social", como afirma con acierto Gabriel Marc.

Por todo ello tenemos que abrirnos a una nueva educación, en la cual se capten vitalmente unos nuevos valores fundamentales humanos, entre los cuales se contarían los siguientes:

1. "Adquirir el gusto por la simplicidad, que no implica una austeridad miserable, sino la aceptación por todos de un nivel de vida sobrio e igualado, que libere de la esclavitud del tener más" (Obispos canadienses).
2. "El contacto humano y confiado con los demás, en lugar del espíritu combativo egocéntrico" (René Macaire).
3. "Superar la característica del hombre liberal-capitalista del frenesi por la dominación y el abuso de la Naturaleza para sacar de ella egoístamente todo su jugo, sin atender a razones sociales de largo alcance".
4. La aceptación de la satisfacción que da la participación contemplativa de los bienes naturales y artísticos, desprendiéndose del afán de posesión y del prestigio individual.
5. El valor de las experiencias relajantes, y no de las tensiones morbosas y angustiosas de nuestra civilización actual.

Si por un doble cambio de las estructuras exteriores de la sociedad mundial y de la educación a todos los niveles, infantiles, juveniles y adultos, nos decidimos seriamente a crear este hombre nuevo en una sociedad nueva, tendremos una perspectiva positiva. Pero si no lo hacemos, estamos abocados a un fracaso de dimensiones insospechadas.